

DOMINGO IV DE ADVIENTO (C)
Homilía del P. Lluís Juanós, monje de Montserrat
20 de diciembre de 2015
Miq 5, 1-4a / Heb 10, 5-10 / Lc 1, 39-45

Hermanas y hermanos: Estamos a las puertas de la Navidad. Las lecturas que la Iglesia nos propone durante estos días de Adviento nos hacen entrar en sintonía con la esperanza de los profetas y nos invitan a acoger el misterio del "Dios-con-nosotros"; de un Dios que se ha humanizado y se ha convertido en uno de los nuestros en la persona de Jesús.

Hoy hemos escuchado en el Evangelio, la conocida secuencia donde María visita a su prima Isabel. Una escena llena de dinamismo, donde el amor y la actitud diligente de María se concretan con un gesto lleno de solidaridad, de ayuda y de servicio y también de alegría y reconocimiento por el don de Dios.

Uno de los rasgos más característicos del amor es saber ir al lado de quien puede estar necesitando nuestra presencia. Este es el primer gesto de María después de acoger con fe la misión de ser madre del Salvador: ponerse en camino y marchar decididamente para apoyar a otra mujer que necesita en estos momentos su proximidad.

No nos resulta extraño. Y si lo miramos bien, vemos que también es habitual entre nosotros por estas fechas el hecho de "visitar" o "ser visitado". Tanto si las hacemos como si las recibimos, hay visitas esperadas o inesperadas; deseadas o incluso indeseadas. Quién no espera reencontrarse durante las fiestas navideñas con aquellos que se estima o contrariamente, hay quien tiembla sólo de pensar en la visita de aquellos "pesados" de cada año o tener que aguantar largas sobremesas que terminan reavivando tensiones familiares no resueltas. Y sabemos que, sea de una manera u otra, todo depende del contexto personal o familiar de estas visitas, pero también sabemos que transformar el hecho de "visitar" o "ser visitado" en un *acto de amor*, nos pide muchas veces ir más allá de nosotros mismos y dejar de lado prejuicios, conveniencias o antipatías.

Hay una manera de estimar que debemos recuperar en nuestros días y que consiste en «acompañar en el vivir» al que se encuentra hundido en la soledad, bloqueado por la depresión, atrapado por la enfermedad o sencillamente vacío de toda alegría y esperanza; cansado de luchar y de llevar adelante la propia vida.

Precisamente estos días, corre por las redes sociales y medios de comunicación un spot publicitario navideño de una importante cadena alemana de supermercados que ha tenido millones de visitas, y se ve a un anciano que llega a casa cargado de bolsas, acompañado de su perro, mientras escucha mensajes telefónicos y felicitaciones de sus hijos que le anuncian que no podrán ir a celebrar las fiestas con él porque están lejos, o porque tienen que trabajar, u otras excusas. Los días van pasando y el abuelo sigue en casa, cenando solo, mientras la tristeza y la soledad se reflejan en su rostro. De repente, llegan esquelas y mensajes a los hijos, diciendo que su padre ha muerto. Entre lágrimas de duelo, todos vuelven al hogar familiar, pero lo que se encuentran por sorpresa es la mesa puesta y su padre, que reaparece para decirles: "No he tenido otra manera de reuniros a todos".

Dios ha querido compartir nuestra vida y visitarnos a pesar de nuestra indiferencia y nuestras apretadas agendas. Él llama a las puertas de nuestro corazón y no vale hacernos el sordo. Su venida nos urge a vivir de otra manera. Creemos que la gran pregunta de la Navidad es "¿qué me hace falta?", "¿Qué puedo pedir?" a los reyes, al

papa Noel, al amigo invisible, a la lotería nacional, la Gossa... la cuestión es pedir. Y María nos invita hoy a hacernos la pregunta contraria: "¿qué me sobra?", "¿Qué puedo dar?", "¿Cómo puedo ayudar a quien me necesita? Ya sé que no es comercialmente correcto, pero la Navidad no nació para incentivar el consumo, sino la felicidad: tienes dos vestidos, da uno; tienes dos tabletas de turrón, da una; tienes dos horas, da una; tienes dos motivos para estar contento, comparte uno; tienes dos certezas, aun te sobra una...

Afortunadamente, en Navidad también prolifera gente de este tipo. No se trata de hacer «grandes cosas». Quizás sencillamente ofrecer nuestra amistad a aquel vecino hundido en la soledad y la desconfianza, estar cerca de aquel joven que se siente diferente y marginado, tener paciencia con aquel anciano que busca ser escuchado por alguien, estar al lado de aquellos padres que tienen su hijo en la cárcel, o alegrar la cara de ese niño solitario marcado por una desgracia familiar. Este amor que "acompaña la vida" y que nos hace salir de nosotros mismos para "visitar" el otro, es un amor «salvador»; un amor que da vida, ya que libera e introduce una esperanza y una alegría nueva en el que sufre y se siente acompañado en su dolor.

Navidad es don; dar, pero sobre todo darse. Y el Adviento es preparar y acoger este don de vida que brota allí donde menos lo esperabas, como un vástago tierno, delicado, insolente. Desde las entrañas silenciosas de la expectación, algo en nosotros salta de entusiasmo, antes de las palabras, antes de las certezas, antes de las pruebas infalibles. El amor se previo a todo, previo al nombre, previo a la historia, previo al nacimiento. El amor es previo a la Navidad y por eso lo precede y lo anuncia. Por eso hay que estar atentos, abrir caminos, desbrozar obstáculos, romper los muros de la autosuficiencia ya que a veces, cualquier palabra, cualquier detalle, cualquier muestra de amor puede abrir en el corazón del otro una rendija de luz.

Navidad debe ser un rayo de esa luz que nos hace ver mejores todas las cosas; debe de ser como un retoño tierno, delicado, pero persistente como la vida, como el amor de un Dios que se nos ha acercado para visitarnos.